

EL TEATRO Y LA UNIDAD DE AMERICA

Lic. Miguel Alvarez ACOSTA

El Primer Congreso Interamericano de Teatro inicia sus labores en una fecha trascendental y simbólica para la vida de América. Hace cuatrocientos sesenta y cinco años que al mundo físico y humano conocido hasta entonces, fue incorporada la vida de un nuevo continente. Y ahora, también en un 12 de octubre, iniciamos una de las múltiples tareas que pueden integrar el redescubrimiento de América. Pruebas de templanza tuvo el almirante en su aventura náutica y fundadora; luchaba contra la lentitud de la ciencia, la incompreensión de su tiempo, la inmensidad marítima y todas las contingencias de una navegación dudosa; pruebas de templanza nos ha deparado esta nueva navegación de América para su segundo arribo; vosotros también habéis luchado contra lentitudes e incompreensiones y ahora todos hemos vencido a la distancia, ese determinismo geográfico que levantó murallas y lejanías impidiendo o aplazando nuestra comunicación cordial. El continente americano es enormemente vasto; se alarga de polo a polo; y si la comunicación existe, el alto costo de los viajes sigue siendo distancia; sólo una voluntad superior y un inquebrantable anhelo de fraternidad, puede hacer que los pueblos insistan en comunicarse y logren reunirse para analizar los distintos aspectos de su vida. Hemos ido así, venciendo todas las barreras. Y esta es una muestra evidente de que tal propósito no se detuvo en las palabras, ni se varó en los deseos. Porque además de la distancia, en nuestra determinante figura el tiempo. Luchamos también contra la inexperiencia de los países jóvenes. Nuestro continente puede mostrar el vestigio arcaico de civilizaciones asombrosas; hubo señorío y grandeza en la autonomía aborigen de los grupos humanos anteriores a la Conquista; pero nuestra vida de convicción universal y de relación internacional, no llega a cinco centurias.

Por supuesto, América no sólo sufre las inferioridades de la juventud sino que goza sus atributos de vigor, de confianza, de optimismo. Y ese optimismo nos da cierta esperanza filosófica para juzgar que precisamente por jóvenes, nuestros países no han agotado todos sus recursos de fraternidad y de entendimiento. Ricos filones de ese tesoro permanecen todavía intactos. No somos pueblos desilusionados ni abatidos. Si en otros lugares del planeta se utilizaron ya todos los recursos y se ensayaron todas las teorías, sin alcanzar más que zozobras, temor y escepticismo, nosotros creemos en ese ahorro espiritual, en esa reserva de valores y de vínculos que América se descubre cada día en el follaje de su crecimiento. Conquistar madurez sin mengua de juventud es el más preciado ideal de los pueblos de América.

Hace cien años que los varones ilustres de la Reforma nos dieron un código fundamental. En México este es el año de la Constitución, y para conmemorar este suceso histórico, hemos buscado la resonancia continental, porque ciertamente nuestra Carta Magna no es sólo una fundación mexicana sino además una prueba indudable de la autonomía de América. Sin embargo, no podíamos invitaros a escuchar laudanzas para nuestros patricios, a quienes profundamente nuestro país venera; os llamamos para compartir con vosotros el fruto de cien años de libertad estética y cultura en albedrío; os llamamos para pensar en América, para definirla, para servirla y para confiarla.

La historia nos muestra similitudes que nos vienen de remoto y pueden explicarnos la suscitación de estas asambleas.

Nuestra gráfica en el tiempo tiene líneas análogas: todos supimos de una etapa colonial; en todos se inflamó la idea precursora de la libertad; para todos llegó el día de la independencia, y por igual empezamos, penosa e iluminadamente nuestra edificación autónoma. Pero de igual manera, en las últimas décadas, el hombre de América ha encendido la nueva flama; la que pretende hacer de nuestros aislamientos una comunidad; de nuestra lejanía física una presencia espiritual y de nuestros frutos nacionales una gran riqueza continental. Y este es un indudable signo de madurez.

El convencimiento de los hombres, las instituciones y los gobiernos, de que la deliberación común es una suma de experiencias, una numerosa plenitud de pensamiento y una confortante compañía que da espíritu y aliento para las grandes empresas, nos ha hecho sumar luces dispersas, en una antorcha continental. Se han alumbrado así los caminos y los hombres. La consulta interamericana ha encontrado un campo fértil. Responde al deseo de América por definirse y por identificarse. Es la realidad de un deseo y el deseo de prolongar esas realidades. No sabemos si es la depuración técnica del especialista que se mueve hacia el intercambio o el temor y la inseguridad del hombre que deriva a la confidencia, lo que nos moviliza a las reuniones internacionales del siglo; lo cierto es que la economía, las finanzas, la educación, la medicina, la sociología y el derecho, entre otras disciplinas, han dado materia para que nuestra conducta avance en América, hacia la conquista de una voluntad común.

Después de deliberar demasiado sobre nuestros apremios y nuestras necesidades, ha venido la inminencia, el sentimiento unánime de los pueblos de América por buscar en los valores del espíritu y en las fundaciones de la cultura, las cifras más duraderas y firmes de nuestra identificación.

Y entonces nos encontramos con que nuestra amistad es muy superior a nuestro conocimiento. Esto debe alegrarnos; mal estaría que nos conociésemos demasiado y que a pesar de ello nada hubiese ganado nuestra amistad. Ancho es el tiempo que se abre hacia el mañana y hay plétora de deseos por brindar consistentes armaduras a un afecto que ha nacido de la intuición. Por ahora, de la poesía, la novela, la pintura, la danza, la música y la arquitectura de los países americanos, nuestros pueblos sólo conocen lo que difícilmente puede ser ignorado. Ya aludimos a esta circunstancia ante los jefes de misión que conocieron de nuestras convocatorias. Porque en verdad, rica es la germinación del arte en América; pero nos falta la íntima comunicación, la cercanía, la presencia vital y transformadora. Claras inteligencias han abonado la tierra para este instante. Es el momento de la semilla y de la fe. Vendrán después los frutos de esa siembra que ha empezado ya y en cuyas anchas sementeras crece y madura nuestra esperanza.

En lo que atañe a México, éste es el primer paso de su tarea sembradora. Concurrieron ya vuestros países a nuestra Exposición de Arquitectura Continental; transcurrió también el Primer Curso Panamericano de Dirección de Orquesta y estamos en el dintel de nuestro Primer Congreso Interamericano de Teatro, a las puertas de una deliberación que será indudablemente fecunda. Pero además, en la cercana perspectiva, otros llamados y otros eventos: el Certamen Continental de Novela, la Bienal Interamericana de Pintura y Grabado y el Festival de la Danza Popular de América. ¿No es hora de pensar que esa familia de escritores, novelis-

tas, poetas, pintores, arquitectos; esa pléyade de compositores, coreógrafos, directores, actores y dramaturgos, constituyen el ejército de la paz por el intelecto en América? En sus manos quedará el modelado de ese mundo nuevo que está en el alba del Nuevo Mundo. Avanzarán sin tregua, hasta darnos la anhelada fisonomía humana, de un continente que no ha llegado a las sombras de la decadencia y conserva las virtudes de la hermandad, de la juventud y de la madurez.

Ya se ha afirmado que un pueblo sin teatro es un pueblo que se desconoce a sí mismo. Es verdad; el mejor espejo en que puede reflejarse la realidad del hombre y del tiempo, es la composición dramática. Pero la esencia recóndita y ebuliente del teatro, tiene algo más, no sólo es la reproducción de la imagen social en pretérito y en presente, sino el labrado de las formas futuras con los elementos potenciales del hombre, no experimentados todavía en la carne misma del suceso. No es sólo el acontecer experimentado, sino el acontecer experimental. Allí está, ante el auditorio, en el espacio de la composición escénica, lo que puede arrostrar el hombre en todas las estancias y dimensiones del plasma social; allí está lo que pudo evadir, lo que no puede evitar. Lo que no fue ayer, lo que empieza a ser hoy e imprescindiblemente será en el mañana.

Y así como en la obra pictórica monumental de México, el observador siente a veces que la convivencia real del hombre no es la que inspira los murales, sino que más bien los imita, así el teatro contemporáneo, suele consignar vivencias de tal modo elocuentes, que la vida real parece ser, por momentos, una imitación del sucedido escénico. Sin que tal apreciación implique la ausencia o menosprecio de la creación fantástica, cierto es que el drama y la comedia no se han concretado a representar la verdad del hombre, sino a plantear realidades que éste habrá de vivir o debe organizar, teniendo como único antecedente la fórmula dramática de un acontecer potencial. Diremos así que los complejos de la vida social de los pueblos, pueden ya utilizar los elementos de una ficción racional, para ahorrar a los grupos humanos el dolor de experimentar en la vida, tragedias que sólo serán vividas en la escena.

Por obvias ante un público ilustrado no invocaremos las influencias del teatro en la integración de las grandes culturas. Baste decir que para el temperamento y psicología de nuestros pueblos es alimento necesario y exquisito y que salvo aberraciones inatendibles desde el guión y la pastorela, hasta el drama esquiliano y el teatro experimental, cumplen deseo y realizan formación en todos nosotros; desde el analfabeto hasta el erudito, y que si la predilección por él acusa mentalidad ilustrada y educación de cultura, no es privativo de ellas en todas sus expresiones y es deber de docencia y orientación ir depurando el rumbo de las dilecciones y el número de los diletantes.

En los últimos años, el teatro mexicano ha dado muestras de una fértil inquietud dentro y fuera de la promoción oficial; se han removido las opiniones hacia una actividad que para nosotros es asombrosa y fecunda. En un lapso de dos meses, el Estado presentaba, hace poco, obras de Pirandello, García Lorca, Eurípides, O'Neill y de los mexicanos Carballido y Robles. Además, en las salas profesionales y experimentales se escenificaban simultáneamente veinte obras de autores nacionales y extranjeros. Se celebraba el Festival Anual de Teatro en todo el país, transcurría la Temporada Matinal de Tea-

tro Infantil en Bellas Artes, en la Sala Xavier Villaurrutia de la Academia de Arte Dramático, se ponía en escena otra obra mexicana y se inauguraba una sala de guiñol y teatro para niños. Esa diversidad en la que el teatro expresionista opera al lado del drama poético y las creaciones nacionales caminan al lado del teatro universal, nos revelan una voluntad de hacer mejores dramaturgos, y más aptos intérpretes; más acuciosos directores y más numerosos y cultivados públicos.

La comprensión solidaria del Estado es en México una confortante realidad, en la que figuran la colaboración municipal y estatal y la presencia de instituciones federales ajenas a la promoción artística. Sólo así se explica que los treinta grupos organizados en el país hace cuatro años, se hayan multiplicado hasta contar actualmente con doscientos diez; que mantengamos abiertos al mismo tiempo, tres certámenes de teatro; que los transportes aéreos del Estado hayan hecho posibles nuestras justas anuales, movilizandolas compañías enteras desde las más apartadas regiones de nuestro extenso territorio: que la obra creativa de dramaturgos y comediógrafos haya aumentado en forma sorprendente; que hayamos incorporado cinco nuevos escenarios oficiales a la sala tradicional de Bellas Artes, que se estén editando las obras laureadas en nuestros certámenes y que contemos con un edificio técnicamente dotado para nuestra Academia de Arte Dramático.

Creemos, por otra parte, que ésta es la tónica de la época a lo largo del continente. No se concibe la indiferencia o negación del Estado por la obra de sus artistas y la generosa acción de la cultura. Porque son manifestaciones elevadas del hombre; porque el idioma estético nos da el único lenguaje universal, que al lado de la filosofía y de la ciencia humanizada, son la última esperanza de paz entre los pueblos y la única garantía de supervivencia para la especie.

Este Congreso, cuya realización fue acariciada por largo tiempo, os coloca en el trance de quienes tienen tan numerosos y variados temas de examen y observación, que la suerte misma del trabajo se ve comprometida por una apasionada confusión. Pero vosotros sabréis disipar esas contingencias.

Las cuestiones que vais a examinar, al quedar en vuestras manos, bajo la luz modeladora de vuestra inteligencia, sin apagar los veneros del entusiasmo tomará la línea pitagórica, la exactitud del método y podréis hacer de esta primera reunión, un código de amistad, un sistema de trabajo y un ideario común y respetado; lo demás vendrá por añadidura. Al cerrarse vuestras consultas y vuestros debates, al hacerse el balance de los frutos obtenidos, grato será encontrar firmes los lazos que ya nos unen y asegurada la supervivencia del organismo que convoque a estas reuniones. Que no os abrume la responsabilidad excesiva de los deberes majestuosos. Si lleváis corazón, pensamiento y rectitud a las tareas, todo estará bien hecho. Y México y América reconocerán vuestra obra.

Precisamente, en relación con los problemas de excepcional magnitud, el señor ministro Ceniceros expresó hace tiempo: "Es explicable la ansiedad por resolver de una vez los problemas trascendentales de la nación, pero allí donde la solución total no es humanamente asequible, mucho habrá ganado el pueblo con tener una idea cabal de sus necesidades y un planteamiento veraz y honesto de sus problemas". He aquí una buena norma que valora y capitaliza, no sólo los resultados, sino las ideas, los esquemas y las exploraciones iniciales.

El ideal mayor en que se ha inspirado este Congreso, puede sintetizarse en estas dos fórmulas concisas: poner al teatro contemporáneo en aptitud de expresar con mayor fidelidad y acierto el alma del hombre y los signos del tiempo; y hacer de esta consulta una razón más de amistad entre nuestros países. Para acercarnos a esa meta de perfección, nos bastará constancia, organización y una profunda fe en América. Confiar en esa labor perpetua e incansable que todo lo agrupa, lo ordena y lo sistematiza, sin dejar de mirar hacia el firmamento en espera de la luz secular, del genio, de esos monstruos sagrados que inflaman la creación misteriosa de la belleza, con fulgores que la laboriosidad y la experiencia no habrían podido encender jamás; mientras llega la hora del milagro, el signo de estas anficionias, iniciadas en torno de las disciplinas del arte escénico, serán constancia, trabajo incansable y permanente. Busco una figura que encarne esa constancia culminada en maestría, pero la encuentro exánime.

Es la figura de Christian Bérard, el escenógrafo francés a quien dedica Jean-Louis Barrault un bello e inolvidable elogio y le describe en el instante mismo en que se desploma sobre el pasillo central del Teatro Marigny, ante la postrera decoración, de la que se desprendió el último pulso de su vida. Entre llantos y recuerdos, le acompañaron a la tierra final, y algunos días después, uno de sus más fieles amigos volvió a visitar su tumba y vio entonces un enjambre de abejas que empezaban a instalar su trabajo sobre las flores marchitas del funeral. Este es el símbolo de la muerte laboriosa. El enjambre de abejas sobre el silencio del hombre que entregó su vida al fanatismo del trabajo, a la constancia indagadora, tras el color y las formas que definen y enaltecen el espacio escénico. En él murió la inteligencia y la maestría convertida en la seguridad del hombre que no ha descansado jamás. Adoptemos ese símbolo elocuente para este nuevo amanecer del teatro en América. Que cuando nuestra tarea quede en suspenso, vengan las nuevas abejas de la laboriosidad futura a instalar su colmena no sobre una tumba, sino en este viejo árbol, bajo cuya sombra nace una familia, identificada, en el ideal de dar al hombre de América un nuevo signo, una nueva tarea y una nueva esperanza.

Señores delegados: éste es un discurso de bienvenida y he reservado el epílogo de mis palabras para ofrecerles el corazón hospitalario de México. Vivid en él como vuestros colegas mexicanos han de hacerlo para merecer vuestra amistad; la casa nacional es vuestra, elemental y sencilla pero henchida de afectos. Deseamos que volváis a vuestros países con la fiel imagen de un pueblo vivificado por su amor a las tradiciones y su fe en el porvenir. Os ruego que en tal registro de verdades llevéis constancia de la forma en que México concibe la gratitud. Ante vosotros, sólo a un año de distancia de nuestra final tarea de gobierno, cuando sólo nos queda el derecho a la fatiga, quiero expresar al señor ministro Ceniceros, lo inolvidable de su generosa e inteligente protección. Cuántas realizaciones debemos a usted, gran amigo de la cultura. El arte recordará siempre su pródiga actitud para dignificarlo y enriquecerlo; sus manos llenas de mercedes, lo mismo en los caudales que en la comprensión y el aliento. Sin su labor decidida, esta convención, sólo sería un proyecto y la provincia languideciera sin estímulos y elementos. Los triunfos de Oaxaca y de Campeche son evidencias de esa obra, cuyos frutos se recogen ya en el interior y han alcanzado con su acción fecunda hasta las colonias mexicanas de Norteamérica. Mil gracias por la casa que usted ha dado a la pedagogía escénica y por el racimo de fundaciones que constituyen la Unidad Artística y Cultural del Bosque. Advierta yo, por otra parte, que sólo hablo de lo que atañe a escenarios, promociones y docencias de teatro, sin mencionar dádivas que con igual largueza ha brindado usted a otros cultivos del arte mexicano. Mil gracias por todo esto, señor ministro. Ruego a usted transmitir nuestro profundo reconocimiento al Primer Magistrado de la Nación por su estimulante y decidido apoyo para la realización de este Congreso.

Deudores somos también de usted, señor subsecretario de Relaciones, porque se ha dignado dar proyección eficaz en toda América a nuestros proyectos como gran mexicano, como distinguido hombre de letras y como alto funcionario de nuestra Cancillería.

Expresamos también nuestra gratitud al maestro Celestino Gorostiza, símbolo del talento metódico y de la tarea que no se aplaza nunca; a su eficaz colaborador en este evento, señor licenciado Bernardo Reyes, acucioso organizador de esta Junta; y del equipo básico de Bellas Artes, al jefe de Teatro Foráneo, Antonio Magaña Esquivel, a la incansable y fervorosa Conchita Sada, al maestro Salvador Novo, que escribe, dirige, actúa y enseña con brillantez e inteligencia; al joven maestro, Antonio López Mancera, ejemplo de responsabilidad y talento creador, por el esmero con que ha realizado la Exposición Escenográfica; a los dirigentes del Consejo Nacional de Promociones Artísticas Populares; a María Elena Martínez Tamayo, fundadora del Teatro Popular de Bellas Artes; al maestro Roberto Lago, patriarca del Guiñol y promotor del júbilo de nuestras congregaciones.

Y por último, lo primero, gracias a vosotros honorables huéspedes de México, hermanos en América, por la fe que habéis puesto en esta peregrinación de la cultura, cuyo primer templo continental se erige hoy en nuestra patria.



EL CONGRESO rindió homenaje a los Héroes



INAUGURANDO la Exposición de Escenografía



SE LES OFRECIERON numerosos espectáculos



HUBO TAMBIÉN varios actos de tipo social